

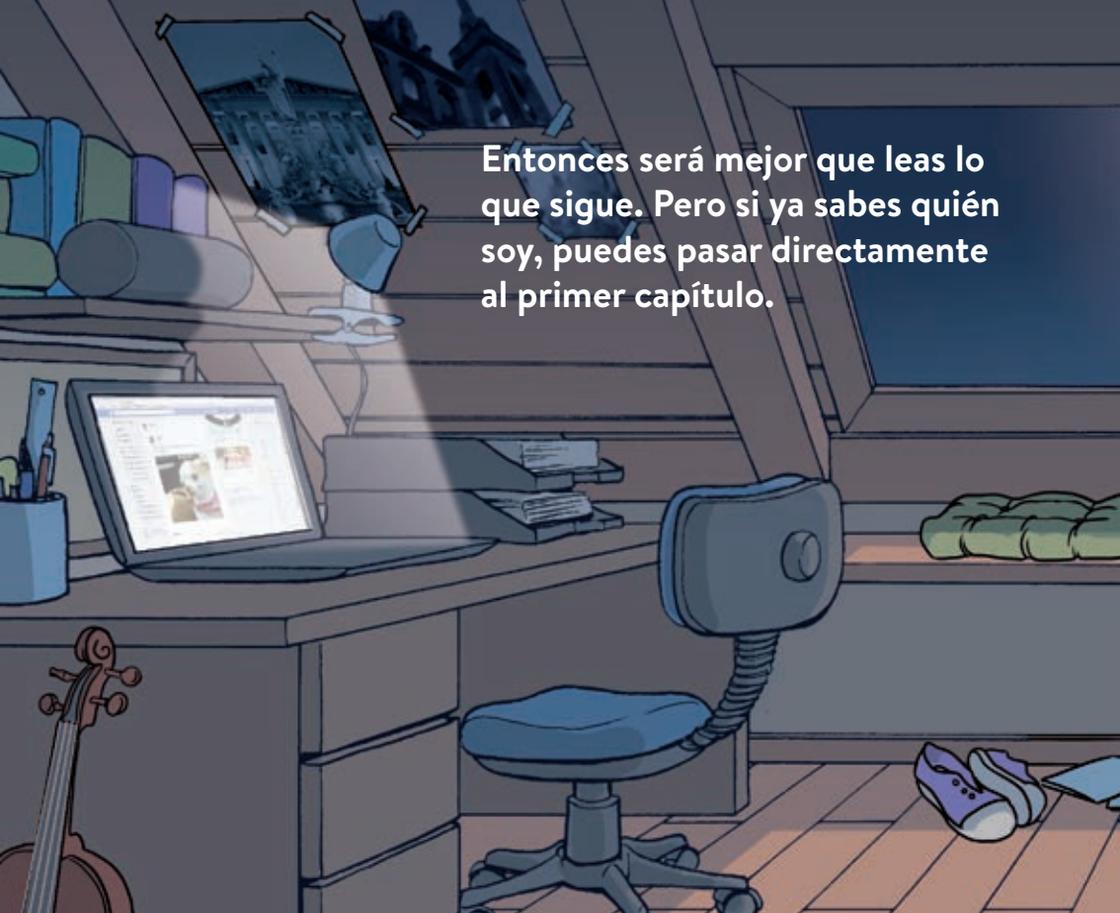
Ana Alonso

**LUNA**  
Y LOS  
**INCOGNITOS**

LA TUMBA PINTADA

# ¿TODAVÍA NO ME

Entonces será mejor que leas lo que sigue. Pero si ya sabes quién soy, puedes pasar directamente al primer capítulo.



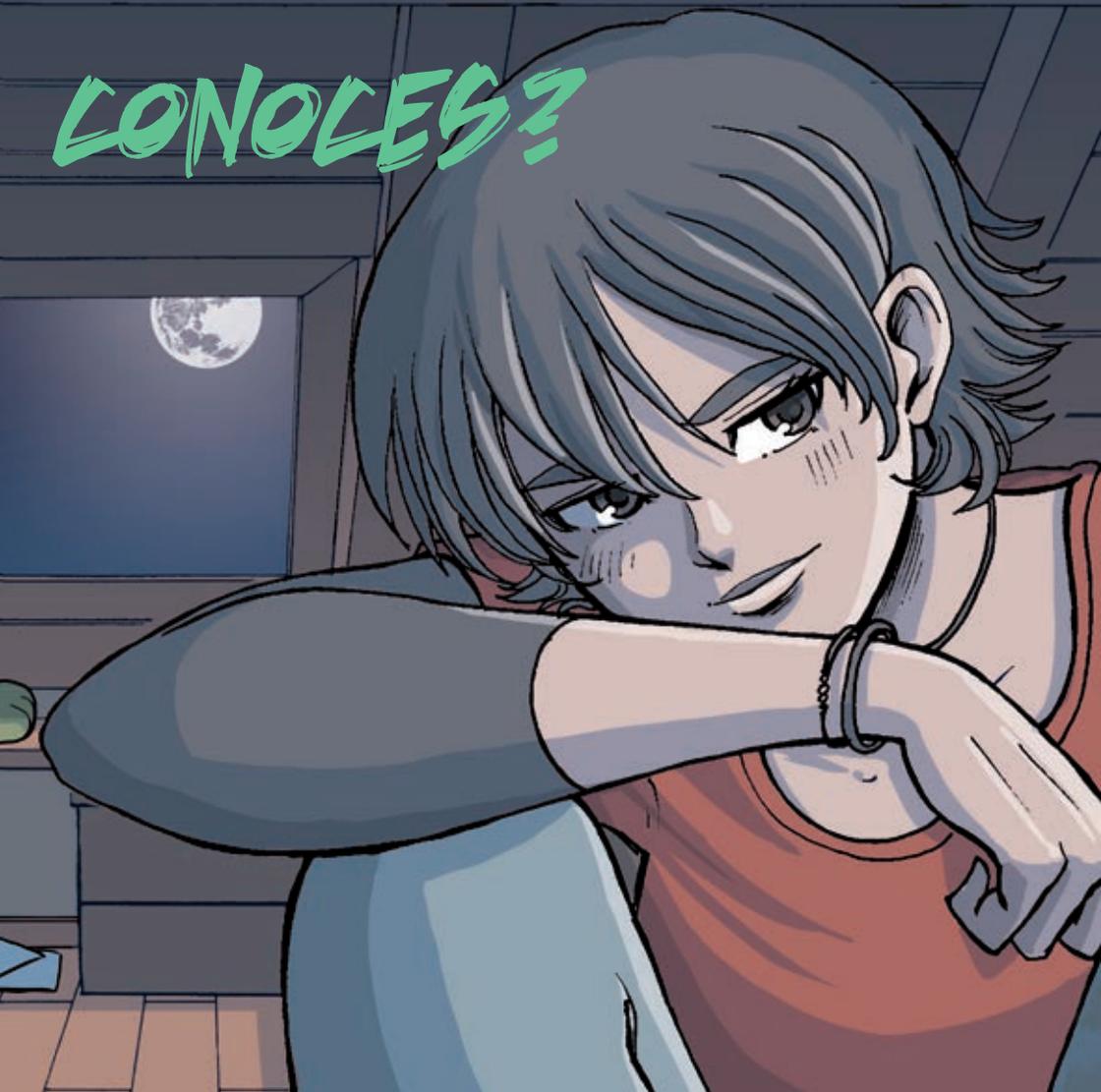
Me llamo **LLUNA**.

Tengo catorce años y tres problemas.

El primero es que vivo con mis padres y mi abuelo encima de una tienda de antigüedades. A primera vista, puede no parecer un problema, pero lo es. Al menos, para mí.

Y eso me lleva a mi segundo problema. Y es que, a veces, me siento sola. No tengo muchos amigos. La verdad es que solo tengo uno: Yago. No sería grave si él fuese un chico como los demás. Pero ¿qué pasa cuando tu único amigo está muerto y no quiere reconocerlo? Ahí el asunto se complica bastante.

# ¿SON ELLOS?



A estas alturas, creo que ya habréis adivinado mi tercer problema, porque está directamente relacionado con el segundo. Veo incorpóreos. Mejor dicho, los veo, los oigo y puedo hablar con ellos. ¿Sueña divertido? No lo es. Los incorpóreos son los espíritus vagabundos de algunas personas muertas. A veces, llevan decenas o cientos de años intentando descansar sin conseguirlo. ¡No es fácil para ellos! Se sienten enfadados consigo mismos y con el mundo. Son las criaturas más irritables que existen, y a mí me toca soportar su mal humor. Se agarran a mí como lapas y me piden cosas. O me hacen preguntas. Preguntas que, a veces, no son nada fáciles de responder. Creedme: resulta agotador...

# Y EN ESTA AVENTURA



## EL ABUELO LLUIS

Es mi abuelo materno y el marido de la abuela Luz. Aunque ya es bastante mayor, continúa al frente del negocio de antigüedades de la familia. Tiene un carácter un poco especial, retraído, y mis rarezas no le sorprenden tanto como al resto, pues a veces creo que puede sentir la presencia de mi abuela, aunque no la del resto de incorpóreos.

## MIS PADRES

Mi madre se llama Eva, y es elegante y misteriosa. También, a veces, un poco distante. Supongo que tiene sus propios problemas y que prefiere no compartirlos conmigo porque piensa que no los voy a entender. Mi padre, Agustín, adora las antigüedades, pero vive obsesionado con los gérmenes. Por eso apenas sale a la calle. Prefiere quedarse en casa estudiando los objetos que llegan a la tienda.



## EMMA

Íbamos juntas al colegio, pero después nos alejamos y dejamos de saber la una de la otra. Ahora he vuelto a hablar con ella otra vez y, aunque somos muy diferentes (Emma afirma que las cosas que no tienen una explicación científica no existen) es lo más parecido a una amiga de carne y hueso que tengo.



## NEREA

Empática, sensible y siempre dispuesta a escuchar. Nerea, la nueva amiga de Emma, parece no tener ningún defecto. ¡Y lo mejor de todo es que cree en los incorpóreos! ¿Habré encontrado por fin alguien en quien confiar?



# ME ACOMPAÑAN...

## YAGO

Es mi mejor amigo. Parece tener unos quince años, pero ni él mismo lo sabe, pues no recuerda nada de su vida. Es uno de los pocos incorpóreos a los que no he podido ayudar. Como buen optimista, y aunque casi nunca consigue lo que se propone, Yago siempre confía en alcanzar sus objetivos.



## JUNE

De acuerdo, June es guapa, muy guapa, pero tiene un carácter odioso. Y sí, también es incorpórea. En vida, fue una joven ejecutiva, con gran éxito laboral y social. Ahora vive en un parque al lado de mi casa, así que, cuando le apetece, se cuela en la tienda o en mi habitación. Se porta fatal con los incorpóreos más antiguos, aunque reconozco que a veces me ayuda.



## LA ABUELA LUZ

En vida, fue profesora de Filosofía en un instituto de Secundaria, y muy buena, por cierto. Por su formación, y a pesar de ser incorpórea, es bastante reacia a las explicaciones paranormales.



## SENMENMLT

En vida, fue un arquitecto egipcio de gran talento. Ahora que se ha convertido en un incorpóreo, busca incansablemente cualquier pista que le pueda reunir con las mujeres más importantes de su vida: la poderosa reina Hatshepsut y su hija Neferura.





# CAPÍTULO 1

Generalmente, son los incorpóreos los que se encargan de poner la nota «emocionante» en mi vida. Sé que, en cualquier momento, sin previo aviso, pueden manifestarse delante de mí y, a veces, ya ni siquiera me sobresalto. Con el tiempo, he aprendido a mantener la calma, a no dejar que me dominen los nervios y a esperar pacientemente a que ellos hagan el primer movimiento. La experiencia me ha enseñado que esta es la mejor opción. Para algo tienen que servir tantos meses de apariciones repentinas...

A lo que no estoy acostumbrada, en cambio, es que a que sean los vivos los que irrumpen en mi existencia sin avisar. Sobre todo, si lo hacen a las tres de la mañana de una apacible y asfixiante noche de septiembre. Bueno, el mes no es lo importante; pero la hora, sí.

Me había costado bastante trabajo dormirme. Hacía demasiado calor para estar a principios del otoño. El cambio climático, supongo... Mi amiga Emma había estado mandándome vídeos tontos por JamChat hasta las doce y media. Vídeos que yo no tendría que haber visto, porque se supone que no puedo usar el móvil a partir de las diez. Es una de las pocas normas que me han puesto mis padres, y yo intento cumplirla. Normalmente, es fácil, porque el teléfono se queda cargando en el dormitorio de mi madre. Pero, justo estos días de principio de curso, mi madre está de gira viendo clientes en Estados Unidos, y, cuando ella no

está, mi padre se queda siempre a dormir en su estudio, en el otro extremo de la casa. Además, como es tan distraído, él nunca se acuerda de vigilar mi móvil. Y la verdad es que ahora siento que lo necesito más que nunca. Lo necesito para que Emma no se olvide de mí, para que sepa que sigo aquí, que me interesan sus cosas. Últimamente tengo la sensación de que no me hace mucho caso. Y todo por culpa de una nueva amiga que se ha echado, una chica que va a su clase de flamenco. Nerea, se llama. No para de hablarme de ella. «Nerea esto, Nerea lo otro, Nerea usa este labial, Nerea lleva unos vaqueros que le sientan fenomenal, Nerea baila mejor que nadie...».

Ya; sé que suena patético e infantil. ¡Parezco celosa! Lo que pasa es que no estoy acostumbrada a tener amigas. Emma es lo mejor que me ha pasado en los últimos meses: una persona normal con quien hablar, alguien que, para variar, no atraviesa paredes ni aparece flotando por encima de mí. Y, lo mejor de todo es que, a pesar de que estoy segura de que nota mis «rarezas», no me juzga. Con ella me siento libre. No necesito dar explicaciones sobre los incorpóreos y sobre lo que significan en mi vida. Emma me acepta tal y como soy.

Y, por eso, para proteger mi amistad con Emma, esa noche (igual que otras muchas) no seguí las normas de mis padres, y me quedé chateando con ella hasta que me quedé dormida.

Me despertó un ruido de voces ásperas. Alargué la mano hacia la mesilla y encendí la pantalla del teléfono. Eran las tres en punto de la madrugada.

Al principio, pensé que era alguno de los incorpóreos habituales. Lo hacen de vez en cuando: enfrentarse, discutir, o, sencillamente, ponerse a gritar porque es su forma de manifestarse. June, por ejemplo, es muy aficionada a chillar (ella lo llama *cantar*) a cualquier hora del día o de la noche. Pero, esta vez, no se trataba de June. La voz femenina que se oía en el vestíbulo de la entrada tenía un marcado acento extranjero. Y el que contestaba a sus rápidas explicaciones era mi padre.

Descalza, salí de mi cuarto y atravesé el pasillo. La entrada del piso estaba iluminada tan solo por la bombilla del portal, cuya luz se filtraba por la puerta entreabierta. Su resplandor amarillento bañaba el rostro de mi padre, pálido y desencajado.

—Pues organiza todo para que se lo lleven —decía—. Nosotros eso no lo podemos hacer. No nos dedicamos a esa clase de cosas.

Frente a él, una mujer alta, vestida con un elegante mono negro que resaltaba su perfecta silueta, sacudió riendo su corta melena rubia.

—Querrás decir que «ya» no lo haces. Pero yo sé que sí. Tu establecimiento es famoso. O, más bien, el establecimiento de tu mujer. Porque es el negocio de tu mujer, ¿no?

En ese momento, para terminar de liar las cosas, apareció detrás de mí el abuelo. Él, por lo menos, se había preocupado de ponerse unas zapatillas e incluso una bata de cuadros. Aunque, esta última, con el calor que hacía, yo creo que le sobraba.

—Perdone, ¿quién es usted? ¿Le parece que estas son horas de...?

La mirada de la mujer resbaló sobre el abuelo y, curiosamente, lo hizo enmudecer. Después, se posó sobre mí.

—¿Es tu hija, Agustín? —preguntó con suavidad—. Se parece a ti. ¿Cómo te llamas?

—Luna —contesté mecánicamente.

—Bonito nombre. Yo soy Ágatha. ¿Has oído hablar de mí? Antigua novia de tu padre. ¡No me digas que no te lo ha contado!

—Ágatha, eso pasó hace siglos —balbuceó mi padre visiblemente nervioso—. Y, desde luego, no creo que sea el mejor momento para...

—Te equivocas. Es el momento. El único momento. Esto es una cuestión de sentimentalismo, Agustín. Debemos ser... ¿cómo decís en español? *Pratiques*. Prácticos. Así que creo que deberías empezar por presentarme a tu... bello padre... ¿Cómo se dice en español?

—Suegro —murmuré.

O sea, que era francesa. Lo de que en francés al suegro se le llame *beau père* es algo que se me ha quedado grabado de las clases de primero. Después, cambié de optativa; los idiomas no son lo mío.

—Si vamos a ser prácticos, lo mejor es que vayamos al salón, nos sentemos y charlemos tranquilamente —dijo el abuelo—. ¿Te parece bien, Ágatha?

La mujer lo miró un instante con sus ojos grises, excesivamente cargados de máscara de pestañas. Luego, asintió.

El abuelo la invitó con un gesto a seguirle y se dirigió por el pasillo hacia el salón. Mi padre y yo intercambiamos una rápida mirada, y fuimos detrás.

Por fortuna, nadie cuestionó que yo me colase en aquella extraña reunión nocturna. Mi abuelo abrió el mueble bar y se sirvió un *whisky*. Es algo que nunca le había visto hacer antes. Me parecía estar dentro de una película.

Ágatha pidió una ginebra. Por lo visto, también teníamos. Y yo que creía que aquel mueble estaba vacío... Mi padre, en cambio, no quiso aceptar ninguna bebida. Y a mí nadie me ofreció nada.

Instintivamente, miré a mi alrededor por si alguno de los otros «habitantes» de la casa había acudido atraído por el ruido. Yago y June no estaban, pero mi abuela, sí. Lo observaba todo mientras se columpiaba en lo alto de una vitrina de cristal que contiene piezas de porcelana del siglo XIX. Le encanta hacer esas cosas.

Con su vaso en la mano, Ágatha se arrellanó en el sillón y le hizo un gesto a mi padre para que se sentase a su lado. Él dudó un momento, pero, al final, obedeció. Mi abuelo ocupó un sillón a su izquierda, y yo desplazé una silla para sentarme a la derecha de Ágatha.

La mujer me sonrió amablemente antes de beber un largo trago. Luego, posó el vaso en la mesa de centro y me miró una vez más, esta vez, pensativa.

—Mira, Luna, hay gente en el mundo extremadamente desagradecida. Tu padre parece ser una de esas personas. Pongo en sus manos una gran oportunidad y, ¿qué hace? Amenaza con denunciarme.

—No trabajamos con objetos robados. Nunca lo hemos hecho —dijo mi abuelo.

Sus ojos se encontraron con los de Ágatha. Ella arqueó las cejas.

—Vaya, directo al grano. Esa expresión no la he olvidado —contestó, sarcástica—. Objetos robados. Creo que lo enfoca de manera equivocada, Luis. Como ve, conozco bien su nombre. Y su prestigio. No habría venido aquí si no me fiasse al cien por cien de su trabajo.

—El problema es que nosotros no nos fiamos de ti, querida —replicó el abuelo con una nota de amenaza en su voz tranquila—. Y no vamos a poner en peligro un negocio de tantos años por ti.

—Usted no entiende la situación —dijo Ágatha, sin perder la calma—. Ya están en peligro. Ahora mismo, en su taller hay un lote de veintisiete piezas robadas de una tumba próxima a Deir el Bahari. No se habían catalogado todavía, de modo que ni siquiera el equipo de arqueólogos conoce exactamente el valor de lo sustraído. Pero, claro, andan todos locos con la momia. Ella eclipsa todo lo demás. Era diferente de las otras, ¿me comprende? Es decir, parecía un enterramiento de funcionarios de poca monta, todo muy sencillo, pero un gran hallazgo en cualquier caso. Sin embargo, una de las momias... ¿cómo decirlo? Respira «nobleza». Los amuletos encontrados entre las vendas, su valor... incalculable. Y no solo eso. Un papiro también. En perfecto estado. Inusual, ¿no es cierto?

Tragué saliva mientras intentaba digerir lo que había oído. Una palabra resonaba sobre todas las demás:

«momia». A nuestra tienda llegan toda clase de objetos antiguos, pero, desde luego, momias, no.

Una momia. ¿Significaría eso que acababa de llegar un nuevo incorpóreo?

Mi padre, era evidente, no estaba pensando en esa posibilidad. A él lo que le preocupaba era la procedencia de todo el lote.

—Tienes que buscar a otros para este trabajo —dijo, mirando a Ágatha—. Me encantaría ayudarte, pero no puedo. Hay gente por ahí que lo hará bien. Aunque lo que yo te recomendaría es que lo devuelvas todo antes de terminar en la cárcel. Esto es muy serio, no sé si te das cuenta.

—¿Que devuelva qué? Yo no he robado nada —contestó Ágatha con expresión angelical—. Tengo la suerte de poseer el dinero suficiente para permitirme algunos caprichos. Compro lo que sale a la venta. Esto estaba en venta. Y yo lo he comprado.

—No se pueden comprar objetos robados —solté yo.

Supongo que estaba cansada de que todos me ignoraran. Ágatha me miró con interés.

—Pero yo no sé si los han robado. Me han dicho que los han encontrado. Yo los compro. No hay delito. Punto final.

—Ágatha, por favor. Ni un niño pequeño se creería esa excusa —murmuró mi padre, frustrado.

Ella se encogió de hombros.

—En todo caso, ahora no es problema mío, sino tuyo. Están en tu laboratorio. Tú firmaste el albarán.

—Ni siquiera sabía lo que era. Tu nombre no aparecía...

Ágatha le interrumpió con una limpia carcajada.

—Naturalmente. ¿Te crees que soy idiota? Mi nombre no aparecía, ni aparecerá. Por una vez en tu vida, sé *pratique, mon ami*. Práctico. El dinero ya está en tu cuenta.

—Pero yo no te he pedido... ¡Ni siquiera lo entiendo! ¿Cómo conoces mi número de cuenta?

Ágatha se encogió nuevamente de hombros.

—Sé todo lo necesario. Tienes tu dinero. Solo debéis comportaros con discreción y realizar las comprobaciones que te he pedido. Hay que fechar la momia y estudiar el polen encontrado en las vendas. Necesitamos comprobar la procedencia. Comparar con el polen encontrado en el papiro.

—Nosotros no somos egiptólogos —dijo el abuelo—. No podemos...

—Para la transcripción del papiro puedo buscar a alguien. Eso no es lo primordial ahora. Tengo una teoría sobre esa momia y quiero comprobarla. Si estoy en lo cierto, sería tan satisfactorio... Siempre he tenido instinto para estas cosas, no lo niegues, Agustín.

—Tienes instinto para meterte en líos, sí —corroboró mi padre entre dientes—. ¿Y cuál es esa teoría tuya, si puede saberse?

Ágatha le dedicó una encantadora sonrisa de medio lado. Era una mujer muy atractiva.

—No pienso decírtelo, *chéri*. Prefiero esperar a tus conclusiones. Si son las mismas que las mías... ¡*parfait!* Sería algo grande. Lo que he estado buscando toda mi vida.

—Bueno. Supongamos que lo es —dijo mi abuelo—. ¿Qué quieres hacer, Ágatha, quedarte con eso tan grande

oculto en tu mansión o tu castillo o dondequiera que vivas? ¿Andar siempre con miedo de que te descubran? ¿Por una momia? En serio... ¿Quién quiere tener una momia en su casa?

—No he dicho que me la vaya a quedar. En realidad, si lo pensáis, estoy haciéndole un favor al mundo de la arqueología. Si no la hubiera comprado yo, lo habría hecho otro. Alguien mucho más desaprensivo. Por lo menos, a mí me mueve el amor al saber. Por eso estoy aquí.

—¿Significa eso que, una vez hecho el estudio, vas a devolver la momia y el resto de las cosas? —preguntó mi padre.

—Es posible. Probablemente, *oui*.

La expresión de mi padre era de completo escepticismo, pero no replicó nada. Ágatha se puso en pie.

—Esta es la cuestión. Ahora mismo, si intentáis denunciarme, yo os denuncio a vosotros. No podréis protegeros, tengo el dinero necesario para cubrirme, los mejores abogados, contactos en todas partes... Pero no necesitamos enfrentarnos. Si colaboráis un poco, por el bien de la ciencia, nadie tendrá problemas. Vosotros hacéis vuestro trabajo, yo os pago y, cuando esto acabe, desaparezco con mi momia. Sencillo, ¿verdad?

Ágatha me miró sonriendo. Desde lo alto de la vitrina, la sombra de mi abuela la observaba furiosa, pero callada. Por lo visto, nadie tenía argumentos para rebatir los suyos...

Con toda la tranquilidad del mundo, Ágatha se inclinó sobre mi padre, le estampó un beso en la mejilla que le dejó una marcada huella de carmín, y luego, sin apresurarse, cruzó el salón y se marchó.





## CAPÍTULO 2

**A** la mañana siguiente, el desayuno se convirtió en una especie de Consejo de guerra. El juez era mi abuelo, y el acusado, mi padre.

—No puedo creer que hayas vuelto a meter a esa mujer en nuestras vidas, Agustín —se quejó mi abuelo con voz dramática al entrar en la cocina.

Papá estaba preparándose uno de sus sándwiches ultranutritivos de mantequilla de cacahuete con frambuesas naturales. Tenía cara de no haber pegado ojo.

Las palabras del abuelo le hicieron saltar como un resorte.

—¡Yo no he metido a Ágatha en nuestras vidas! La saqué hace mucho tiempo. No es culpa mía que ella, de vez en cuando, intente volver.

—Solo quiere llamar tu atención. Pero esta vez se ha pasado —afirmó el abuelo abriendo el bote del café y aspirando su aroma con expresión distraída—. La momia es auténtica. Y no hace falta ser un egiptólogo experto para saber de dónde la ha sacado, Agustín. El equipo de Alfred Weissmann confirmó hace algo más de un mes el hallazgo de una tumba modesta a unos cuatro kilómetros del templo de Hatshepsut. Modesta, pero extraña.

—Lo leí. No se encontraron joyas ni objetos lujosos junto a las momias, a pesar de que la tumba no parecía haber sufrido ningún saqueo posterior al último enterramiento

—murmuró mi padre—. Pero ese fresco que representaba plantas de incienso y mirra...

Los ojos de mi padre y de mi abuelo se encontraron.

—El viaje a Punt —dijo mi abuelo gravemente, mientras mi padre asentía con la cabeza.

Estaba harta de no enterarme de nada, así que me decidí a intervenir.

—¿Se puede saber qué es Punt? ¿Y qué tiene que ver con esa tumba? ¿Y con Ágatha?

Mi padre se volvió a mirarme con su sándwich pringoso en la mano. Parecía encantado con mi pregunta; seguramente, porque eso le permitía rehuir las acusaciones del abuelo, al menos, por un rato.

—Punt es un lugar en África al que hacen referencia algunos textos egipcios de la XVIII dinastía, concretamente, de la época de Hatshepsut. Ya se mencionaba en documentos anteriores, pero parece probado que, en los tiempos de Hatshepsut, se realizó una gran expedición comercial y científica a Punt, que, probablemente, se encontraba en algún lugar de la actual Etiopía. Lo sabemos porque las plantas y los animales de esa zona de África aparecen representados en su templo funerario y en papiros de su reinado.

—Lo del templo de Hatshepsut me suena —dije—. Es uno de esos sitios que siempre visitan los turistas cuando van a Egipto, ¿no?

—Así es —confirmó el abuelo—. Y resulta comprensible. Es espectacular, y se conserva muy bien. Hatshepsut supo dejar huella en la historia, aunque otros, después, intentasen borrarla.

—¿Fue un faraón muy poderoso?

Mi padre me miró con incredulidad. Mi abuelo, con reprobación.

—¿No sabes quién fue Hatshepsut? —preguntó, escandalizado—. De verdad, a veces no sé para qué vas al instituto. ¡No fue un faraón! Fue una faraón.

—Una faraona, querrás decir —le espeté, picada.

—Bueno... Ese término no existía para los antiguos egipcios. Lo de que una mujer ocupase el trono de las dos Tierras fue algo bastante excepcional. Imagínate si lo era, que la propia Hatshepsut se hacía retratar con barba y ataviada como un hombre, para que nadie pusiese en duda que ostentaba el poder, pese a ser una mujer.

—Qué triste —opiné—. ¿No podía mandar y ser mujer al mismo tiempo?

—Lo hizo —intervino mi padre—. Pero no se lo pusieron nada fácil. Ella era la hija del faraón Tutmoses I y de su esposa principal, la princesa Ahmose. Eso la convertía en princesa heredera. Pero, cuando su padre murió, la nobleza apoyó la subida al trono de su hermanastro, Tutmoses II, que era hijo de Tutmoses I y de una esposa secundaria. Y, para que nadie dudase de los derechos de Tutmoses, lo casaron con Hatshepsut, la legítima heredera.

—Espera... ¿Lo casaron con su hermanastra?

Mi padre asintió.

—Era una práctica común en las dinastías reinantes egipcias. El caso es que Tutmoses II tampoco duró mucho. Y, cuando murió, nombraron heredero a Tutmoses III, que era un hijo que había tenido él, pero no con Hatshepsut,

sino con otra mujer. Un niño todavía... Por eso, Hatshepsut, como viuda del faraón fallecido, se convirtió en regente. Ella había tenido una hija, no un hijo: la princesa heredera Neferura. Todo el mundo esperaba que, cuando Tutmoses creciera un poco, lo casasen con Neferura para legitimarlo y lo dejaran gobernar en solitario.

—Sí, pero los planes de Hatshepsut no eran esos. Apoyándose en los sacerdotes de Amón y en sus dos leales ministros, el visir Hapuseneb y el arquitecto real Senenmut, consiguió ser nombrada faraona y reinar al mismo tiempo que su sobrino Tutmoses III. En realidad, era ella la que reinaba... hasta que Tutmoses III, ya de mayor, se rebeló. Aun así, se mantuvo en el trono durante veintidós años, de 1490 a 1468 a. C. Y la mayor parte de su reinado fue próspero. Algunas guerras, desde luego... No hay que olvidar que, todavía en tiempos de su abuelo, el país estaba ocupado por una potencia extranjera: los hicsos. Pero Hatshepsut se centró sobre todo en los grandes proyectos de construcción... y en empresas comerciales como el viaje a Punt.

A veces, mi padre me deja con la boca abierta. Parece la Wikipedia con patas... y con gafas.

—Bueno, más o menos me he aclarado —dije, temerosa de que se embarcase en otra explicación complicadísima—. Lo que no acabo de entender es qué tiene que ver Ágatha con todo eso de Hatshepsut.

—Eso te lo explico yo ahora mismo —contestó mi abuelo, enfocando su mirada cargada de reproches sobre mi padre—. Un equipo de arqueólogos egipcios y alemanes ha descubierto recientemente una tumba del período de

Hatshepsut con ocho momias en buen estado de conservación. En principio, no parecía tener mayor interés, pero las pinturas de plantas y animales de Punt en uno de los frescos desataron las especulaciones. Quizá era la tumba de un alto funcionario de la reina Hatshepsut que había participado en la expedición africana, y luego otros la reaprovecharon... Bueno, no dio tiempo a hacer grandes comprobaciones, porque la momia que se hallaba en mejor estado de conservación, junto con algunos otros objetos de interés arqueológico hallados en la tumba, fue sustraída exactamente dos días después de que la encontraran. ¿Y sabes dónde está ahora?

—¿En nuestro taller? —pregunté, estremeciéndome a mi pesar.

—En nuestro taller, sí. Y todo gracias a tu padre —estalló el abuelo—. Por lo visto, le pareció buena idea reanudar el contacto con su exnovia francesa loca hace un par de años a través de Facebook...

—Papá... ¿tú tienes Facebook? —pregunté, anonadada.

—¿Y qué? —se defendió mi padre—. Lo tiene todo el mundo, ¿no?

Ya sé que no es tan raro que un adulto se aficione a las redes sociales, pero es que mi padre no es un adulto normal. Para empezar, padece trastorno obsesivo compulsivo. Raramente sale de casa, y casi siempre está metido en su cuarto. Somete todos los objetos que le rodean a complicados rituales de limpieza, y todo lo que no tiene que ver con su trabajo parece no existir para él. Eso, a veces, me incluye a mí... y a mi madre.

Justamente, de ella era de quien quería hablar el abuelo. Al parecer, por la noche, después de que Ágatha se fuera, habían quedado en que mi padre se lo contaría todo a mi madre. Por lo visto, no había cumplido su promesa.

—El caso es que, no sabemos cómo, nuestra querida Ágatha sabía perfectamente que mi hija Eva estaría ausente estos días. Y lo ha preparado todo para aprovechar su ausencia y endilgarnos «el muerto». Nunca mejor dicho... ¿Cómo vas a explicárselo a Eva, eh, Agustín? ¿Cómo le vas a explicar que la loca de tu exnovia ha puesto en peligro todo aquello por lo que llevamos trabajando tantos años?

—Ya está bien. Para empezar, Ágatha no está loca —le rebatió mi padre muy enfadado—. Es una persona excéntrica y con mucho dinero, una combinación peligrosa. A ella le ha dado por coleccionar obras de arte. Generalmente, dentro de la legalidad. En este caso, supongo que le surgió la oportunidad y prefirió aprovecharla a dejar que un hallazgo tan valioso cayese en malas manos.

—¿Peores que las tuyas? —El abuelo arqueó las cejas—. Es difícil de imaginar.

—Le encanta fraguar teorías conspiranoicas e hipótesis raras, y está convencida de que esa momia es de alguien importante. Posiblemente, pensará que es de Hapuseneb o de Senenmut, los dos hombres más poderosos de la época de Hatshepsut.

—¿Sus momias no se han encontrado hasta ahora? —pregunté.

—No. La de Hatshepsut, sí —explicó el abuelo—. Se encontró hace mucho tiempo en una tumba sin importancia,

pero en 2005 se halló una muela con una sola raíz en un vaso funerario asociado a la faraón. Un dentista comparó la pieza dental con el hueco en la mandíbula de la momia y... ¡bingo! El descubrimiento se publicó en 2007. Fue muy sonado. Y ahora Ágatha quiere su momento de gloria, su pequeño descubrimiento personal.

—Quiere hacer una contribución a la historia de la egiptología —precisó mi padre—. Tiene una intuición, y nos piensa utilizar a nosotros para confirmarla. Pero, si eso ocurre, estoy seguro de que hará lo correcto y entregará todo el lote a las autoridades egipcias.

—¿Arriesgándose a ir a parar a la cárcel? No creo que haga eso —dijo el abuelo—. En todo caso, ¿por qué no se lo preguntamos a Eva, a ver qué opina ella?

—No quiero molestar a mi mujer con esto ahora —argumentó mi padre—. Cancelaría la gira por Estados Unidos, y yo sé que es importante para ella. En serio, no me parece justo.

—Papá tiene razón —dije, mirando seria al abuelo—. De todas formas, el mal ya está hecho, ¿no? Quiero decir... Esa momia está ahí abajo, y no nos la vamos a quitar de encima fácilmente. Así que, ¿por qué no la estudiáis, a ver qué descubrís?

El abuelo me sostuvo la mirada. Creo que comprendió lo que estaba pensando y no me atrevía a decir.

Él sabe que yo veo «cosas». O, más bien, seres. Y sabe que, si esa momia trae asociado un incorpóreo, yo podría extraer de ella mucha más información que ninguna otra persona en el mundo, por muy egiptólogo que sea.

—Está bien —dijo en tono apagado—. Os doy un mes. Dentro de un mes, pase lo que pase, esto lo ponemos en manos de las autoridades. Para entonces, Eva ya habrá vuelto.

Juraría que mi padre reprimió una sonrisa. En el fondo, estaba tan ansioso por explorar el misterio de la momia como la propia Ágatha... ¡y como yo!